

<https://doi.org/10.55422/bbmp.756>

**Castanedo Pfeiffer, Gunther. *Un triángulo- literario: José María de Cossío, Miguel Hernández, Pablo Neruda.* Santander, col. Voces del Lotero, n° 1, 2005; 85 pp.**

Cualquier lector que abra las *Obras completas* de Pablo Neruda y las de Rafael Alberti publicadas por Gonzalo Losada en Buenos Aires en los años sesenta del pasado siglo confirmará sus sospechas de que la vida y la personalidad de -ambos poetas tienen bastante en -común: a juzgar por las cronologías que sirven de pórtico a esos volúmenes, Alberti y Neruda supieron orientarse pronto, uno con su gracejo y sus amistades, el otro con sus incursiones en la política y en la diplomacia, ambos obtuvieron éxito con libros tempranos, se metieron de lleno en las vanguardias primero literarias, luego políticas, y si en un momento dado -hubieron de expatriarse o vivir en la clandestinidad, tal avatar fue solo condimento de una vida rebosante- de viajes, celebraciones, congresos, premios, doctorados honoris causa, ediciones lujosas, recibimientos apoteóticos, tesis y revistas sobre su obra, o sea, en ambos casos todo un *Heldenleben*, por decirlo con el célebre título de Strauss. Nada tiene de extraño que uno y otro hayan -caído un -poco -en la egolatría, en el exhibicionismo y en creerse predestinados en los terrenos, para ellos indisolubles, de la poesía y de la política.

Günther Castanedo Pfeiffer es un nerudiano fervoroso, y me perdonará que haya trazado estas irreverentes vidas paralelas, a pesar de que su libro apenas trata de Alberti. Sin embargo, me pareció útil hacerlo para fijar fronteras entre los triunfadores y los perdedores que hoy, quizá por reacción a tanto bombo, muchos preferimos: César Vallejo, Luis Cernuda o Miguel Hernández, que parecen haber huido siempre de las cámaras, o que nunca estuvieron en el momento ni en el lugar oportunos para ser consagrados por la multitud. Los dos primeros, además, presentan otra característica que nos los hace doblemente dilectos: escribieron poco, lo justo, al menos en verso. Günther Castanedo nos recuerda la malévola definición de Neruda por Juan Ramón Jiménez: un gran mal poeta, frase dura que el tiempo se encargaría de confirmar y que podría aplicarse también al propio Alberti. Con otras palabras, es lo que de él dice Luis Cernuda, crítico de una lucidez poco común, que lamentablemente no llegó a ocuparse de Neruda ni de Hernández. ¿Será que el éxito y la facundia ahuyentan las musas? Es arriesgado establecer normas generales. Neruda obtuvo el premio Nobel, nos recuerda Castanedo. También don José de Echegaray o Carl Gjellerup, a quienes nadie lee hoy día.

Günther Castanedo no es un crítico de profesión, sino de afición, y su método consiste en poner los hechos uno tras otro, lo que podríamos llamar un sano positivismo, en una época demasiado saturada de interpretaciones. No recarga sus páginas con notas al pie: lo que dice lo da por documentado. A

veces lo traiciona un poco su apasionamiento. Por ejemplo, al hacer recuento de las enemistades de Neruda, menciona a Huidobro, quien señaló que el poema 16 de los *Veinte poemas de amor y una canción desesperada* es plagio del poema 30 de *El jardinero* de Tagore. Quien lea ambos textos, este último traducido del inglés por Juan Ramón Jiménez, verá que, en efecto, el contenido y las palabras son casi los mismos. "La acusación es totalmente infundada", dice Günther. Pero Neruda, no en la primera edición del libro, claro es, sino en la de *Obras completas* antes mencionada, antepuso a ese poema un vago epígrafe: *Paráfrasis a R. Tagore*, sin dar mayores pistas al lector. Algo de razón tenía, pues, Huidobro, fuese o no la envidia quien lo movió a descubrir el fraude. Un plagio es un plagio, sea cual sea la intención del denunciante y el volumen de creación del denunciado.

Un caso similar es el relato del enfrentamiento entre Neruda y Larrea, que Günther zanja con saldo favorable a Neruda, porque, según dice, los insultos del chileno son de grueso calibre. Es posible que hayan tenido más lectores las *Nuevas Odas Elementales* de Neruda que *Del surrealismo a Macchu Picchu* de Larrea, al fin y al cabo obra de arqueología e historia literaria. Sin embargo, no son esas estadísticas las que deciden una cuestión en la que Neruda se dejó llevar de lo que Horacio llamó el *genus irritabile vatum*. Una cosa es la solidaridad de Neruda con el pueblo español expresada en *España en el corazón* con improperios nacidos del calor y del dolor de la guerra civil, y otra muy distinta llamar "emanación del caudillo" a alguien como Larrea, que consagró buena parte de su vida a combatir la dictadura franquista. En este caso el insulto descalifica a quien lo emite, no a quien lo recibe. Y otro tanto cabría decir de los dirigidos a Dámaso Alonso, Gerardo Diego y José María de Cossío, si no los disculpara la devoción de Neruda por Hernández.

Gracias a ella Neruda aparece en el libro de Günther Castanedo bajo una luz muy favorable: como hermano mayor de Miguel Hernández, quien le correspondía con arrobos. El autor afirma en varias ocasiones que, en cambio, Hernández caía mal a García Lorca, hombre de pocas antipatías, que sepamos. He ahí algo que valdría la pena de analizar con profundidad y datos fehacientes. Sabemos de casos en los que García Lorca apoyó con entusiasmo a escritores más jóvenes luego célebres, como Cernuda o el propio Neruda, y a otros que siguieron casi desconocidos, como López Banús o Gómez Aboleña. No parece, por ello, que Hernández, doce años más joven, pudiera hacerle sombra en el mundo literario, sino que algún motivo oscuro se interpuso entre ambos. Fuese lo que fuese, no impidió que García Lorca firmara la protesta de los intelectuales por la detención de Hernández en enero del 36. Quedamos en cambio con ganas de conocer las acusaciones de Guerrero Zamora contra Neruda, que Castanedo omite, según dice, porque le parecen repugnantes. Habrá

que entender por ello que son falsas, pero en ese caso no hubiera estorbado el demostrarlo.

Cuando hace ya casi setenta años que García Lorca fue asesinado, y algunos menos que Miguel murió desastradamente en la cárcel, habrá quién se pregunte qué interés puede tener el desvelar los entresijos de sus simpatías y diferencias, cuando lo que nos importa es su obra. Tal vez no tuviera mucho, pero Castanedo se cuida bien de mostrarnos los comienzos literarios de Miguel Hernández sometido a tensiones contrapuestas: por un lado, sus amigos católicos, como Ramón Sijé, o su protector, Cossío. Por otro, gentes más bien de izquierdas como el Neruda de los años 30, Serrano Plaja y otros. En medio, sus admirados Aleixandre y Lorca, de quienes lo separaba un muro de sensibilidad, erotismo e incluso rango social. Eso rebasa el nivel de la chismografía y nos proporciona claves para entender la andadura poética de Hernández.

Por último, Günther Castanedo se ocupa de Neruda y Cossío. El triángulo de su título no es equilátero, si por cada uno de sus lados hubiera de entenderse una amistad, sino que más bien sería un ángulo con vértice en Miguel Hernández y un vacío entre los otros dos extremos. Neruda y Cossío tuvieron muy poco en común, exceptuado su amor por la poesía y su protección del joven oriolano. Don José María de Cossío, a quien yo traté algo cuando él era presidente del Ateneo de Madrid, y también en una visita que hice a Tudanca en compañía de un gran hernandista, Juan Cano Ballesta, era un hombre sabio y encantador, pero no podía tener para Hernández el atractivo de un García Lorca o un Neruda, que arrasaban por donde iban. Es posible que a los ojos de Miguel no pasara de ser un respetable y anacrónico hidalgo bien situado para proporcionarle trabajo y contactos, que el joven oriolano necesitaba desesperadamente. Günther Castanedo estudia con pormenor los esfuerzos de Cossío por ayudarle en cualquier circunstancia, y deja claro que cuando las cosas se pusieron feas Miguel pecó de iluso y pagó muy caro no atender a las saludables advertencias de su amigo. Si este intentó persuadirlo de que abjurase de sus convicciones políticas, o llegó a cenar con los carceleros de Hernández, de lo que Neruda lo acusa, solo son muestras de que hizo cuanto pudo por salvarle la vida.

En resumen, estamos ante un estudio honrado, sin pretensiones, en el que su autor no se da, como diría Quevedo, un baño de piedra mármol aparentando objetividad, sino que deja traslucir sus debilidades. Quizá sea uno de sus encantos. El libro, de hermoso diseño, se completa con dos apéndices: el primero transcribe las cuatro cartas conservadas de Miguel Hernández a Pablo Neruda, de las que la tercera estaba inédita. El segundo recoge la bibliografía utilizada.

ANTONIO CARREIRA